

dos de su misión divina de la misma manera que los ingleses lo estaban de su misión diabólica. Aquellas ilusiones que han impreso un sello maravilloso en la historia de Juana de Arco nos las explicamos sin esfuerzo alguno por las ideas y los sentimientos de los hombres de aquella época; lo que asombra nuestra razón y nuestra imaginación es el nivel moral á que se elevó aquella joven aldeana en un siglo tan grosero y tan violento. La pureza de su alma, la exquisita dulzura de su corazón, la claridad admirable de su penetrante inteligencia, el impulso de su voluntad hacia «el placer de Dios,» he aquí lo que la coloca en las cimas de la humanidad y lo que hace que con San Luis constituya Juana de Arco el encanto y el honor de nuestra historia antigua.

CAPITULO IV

PAZ CON EL DUQUE DE BORGÑA.—CONQUISTA DE LA ISLA DE FRANCIA.—LOS DESOLLADORES

I. Anarquía. Guerras civiles. Guerra extranjera.—II. La paz de Arrás.—III. Conquista de la Isla de Francia.—IV. Devastación de Francia. Los desolladores.

I.—Anarquía. Guerras civiles. Guerra extranjera (1)

Después de la captura de Juana de Arco, la guerra, la anarquía, el saqueo y las más terribles miserias devastaron la Francia todavía durante quince años. Carlos VII seguía sometido al ascendiente que sobre él ejercía La Tremoille, quien dirigía ó suscitaba por sí solo tres guerras privadas en una época en que la conservación de las recientes conquistas exigía la concordia y el olvido de los odios particulares. Reivindicaba el favorito la sucesión de Auvernia, y para mortificar á la heredera lanzaba sobre aquel país las partidas del capitán español Rodrigo de Villandrando; en 1432 empleó también á éste para devastar el Anjou porque el favor que á los príncipes de la casa de este nombre dispensaba el rey excitaba su mal humor. Y por último, se eternizaba su contienda con Richemont. En la misma fecha, el duque de Alenzón hallábase en guerra privada

(1) FUENTES.—Crónicas de Berry, Juan Chartier, tomo I, Gruel, Lefevre de Saint-Remy, tomo II, Wavrin, tomo IV, Monstrelet, tomo V; *Petit Traictié*, de un cura normando, edición Hellot, en *Chroniques de Normandie*, 1881; Fragmentos de la crónica del *Rozier des guerres*, publicado por Hellot, «Revue historique,» tomo XXIX. Chastellain, *Mystère du Concile de Bâle*, Obras, tomo VI. Stevenson, *Letters and papers*, tomo II; Guérin, *Documents concernant le Poitou*, «Archives historiques du Poitou,» tomo XXIX; Documentos de la *Chronique du Mont-Saint-Michel*, edición Luce; *Registre des délibérations du Conseil de ville de Troyes*, edición Alf. Roserot («Documents publiés par la Société Académique de l'Aube,» tomo III), 1886.

OBRAS DE CONSULTA.—Además de las obras de Cosneau, Flourac, Quicherat, Luce; de las memorias de D. Neuville, C. Favre y Le Vasseur, citadas en el capítulo II, y de la memoria de Rioult de Neuville citada en el capítulo III, párrafo 2: Raynal, *Histoire du Berry*, tomo III, 1847; Boutiot, *Un chapitre de l'histoire de Troyes*, 1861; Andrés Joubert, *Les invasions anglaises en Anjou*, 1872. Memorias de Denys d'Aussy, «Revue de Saintonge,» tomo XIV; Arm. Gasté, «Comptes rendus de l'Académie des Sciences morales,» marzo 1889; L. Puisseaux y Le Breton, «Memoires de la Société des Antiquaires de Normandie,» segunda serie, tomo IX y tomo XXX; Ant. Thomas, «Annales du Midi,» 1890.

con el duque de Bretaña, los prelados y los nobles de las diócesis de Mende y del Puy se armaban unos contra otros, el conde de Foix estaba en lucha con el conde de Armagnac y bajo diferentes pretextos las tropas ligeras de Rodrigo de Villandrando saqueaban el Langüedoc.

Las comarcas en donde gustábase á Carlos residir, ó sean las orillas del Loira y el Poitou, eran tal vez las más infestadas de todas por el bandolerismo, distinguiéndose entre los más temibles bandidos los funcionarios reales y los grandes señores. Para formarse idea de la audacia de éstos, basta leer una información sobre las vejaciones sufridas por los monjes de Preuilly que estaban bajo la salvaguardia especial del rey. El señor de Preuilly era entonces Pedro Frotier, uno de los antiguos favoritos de Carlos VII, que se había convertido en verdugo de los desdichados religiosos. Un día del mes de junio de 1432, dirigióse á media noche á la abadía, con objeto de hacer salir de ella á los monjes y á su abad, acompañado de una treintena de hombres, algunos de ellos disfrazados. Llegado que hubieron delante de la casa del abad, arrojaron piedras á la puerta de la misma. El abad, imprudentemente, fué á abrir:

«Y en seguida, uno llamado el bastardo de Curssay, que iba vestido de mujer, se fué por detrás de la cama de dicho abad á acostarse al otro lado. Y el dicho señor se vuelve y dice: «Encended la antorcha y mirad la hombría de bien de nuestro abad que se las echa de hombre probo.» Item y después de esto, condujo al abad á la iglesia. Y lo mismo hicieron en el convento porque á todos obligaron á levantarse. Y luego el dicho señor con sus cómplices fuése hacia el altar mayor diciendo: «Es preciso cantar maitines.» Y entonces empezaron: *Domine, labia mea apperiet*, á modo de burla. Y quiso que dicho abad cantase como los otros, y después tomó el hisopo de dicho monasterio y lo derramó sobre la cabeza de uno que iba vestido de loco... E hizo llevar al dicho abad á su castillo por dos jóvenes que le cogían por debajo de los sobacos y le hacían bailar durante todo el camino, y una vez allí le hizo conducir á la cama de su madre y después á la de su mujer, todo esto en menosprecio de Dios y de la Santa Iglesia, aunque dijo que sólo era por chanza (2).»

Dos alguaciles del Parlamento de Poitiers que á petición de los monjes fueron enviados para proceder contra Pedro Frotier corrieron gran peligro de ser asesinados, y los funcionarios portadores de las intimaciones judiciales exponían su vida cada vez que intentaban cumplir su misión. El Parlamento confesaba su impotencia procurando «tratar amistosamente» con los señores del Poitou para que autorizasen la ejecución de sus sentencias. Cada barón tenía sus clientes y no consentía que nadie les molestara.

Poco después de la muerte de Juana de Arco, intentó Bedford aprovecharse de aquel desorden y negociar una alianza con el duque de Bretaña y su hermano Richemont; La Tremoille tuvo noticia de este proyecto y, espantado, hizo la paz con los príncipes bretones (5 de marzo de 1432); pero sus adversarios habían ya decidido su pérdida.

(2) Carlos Grandmaison, *Le baron et les religieux de Preuilly*, 1855.

A fines del mes de junio de 1433, La Tremoille residía en Chinón, en el castillo de Couldray, en donde habitaba también el rey. Una noche sorprendieron en la cama los señores de Bueil, Brezé, Chaumont y 1433 Coetivy, amigos de Carlos de Anjou, y el escudero del condestable, Juan de Rosnivinen, y habiéndose levantado lleno de sobresalto, este último le hundió la daga en el vientre, después de lo cual se le condujo herido al castillo de Montesor. Recobró la libertad mediante un rescate y la condición de que no intentaría volver á ver al rey, y Carlos VII aceptó estos acontecimientos y sufrió el yugo de nuevas personas con su habitual inercia. Lo que quedaba del poder monárquico perteneció en lo sucesivo al partido angevino y bretón: la reina Yolanda y su tercer hijo Carlos de Anjou, Ri-

bastardo de Orleans; y en los últimos días de febrero de 1432 «un llamado Ricarville,» con un centenar de compañeros, se había apoderado por sorpresa del castillo de Ruán, pero no pudo sostenerse allí y él y todos los suyos fueron decapitados cuando, de haber sido socorridos por un pequeño ejército francés, habrían podido lograr la rendición de la ciudad (1).

Bedford adoptó una resolución muy atrevida, cual fué la de confiar á los aldeanos normandos la policía de la provincia. Los habitantes de todas las parroquias recibieron, en los primeros meses de 1434, orden de equiparse para estar dispuestos á marchar contra 1434 los enemigos y los «bandidos,» debiendo ejercitarse todos los domingos en el manejo del arco. Esta medida dió resultados que no había previsto el regente: en primer



Moneda de Felipe el Bueno, duque de Borgoña



chemont y sus amigos. El reinado de La Tremoille había concluído y era difícil que Francia no ganase en el cambio.

Juan Juvenal de los Ursinos escribía en 1433: «Los enemigos hacen una guerra enérgica, conquistan plazas y no hay nadie que les resista ni que aparente resistirles, más que los pobres compañeros de las fronteras, amantes de su honor y del interés del reino, que ningún provecho han obtenido del rey, ni siquiera una mala carta cerrada de confortación.» En efecto, la guerra tomaba nuevamente el carácter que había tenido antes de las grandes campañas de Juana de Arco. Carlos VII permanecía confinado en sus castillos y á ningún plan de conjunto obedecían las operaciones, debidas las más de las veces á la audacia de los «pobres compañeros de las fronteras» ó á la energía popular. Pero la fortuna sonreía ahora á los franceses: en Champagne Barbazán se veía valientemente secundado por los de Troyes, quienes por sí solos defendían su ciudad y sin cansarse verificaban salidas para librar á los territorios vecinos de las últimas guarniciones inglesas. En la Isla de Francia, Villandrando obligaba al regente en persona á levantar el sitio de Lagny, La Hire batía la campaña llegando hasta las murallas de París y en 1435 los franceses se apoderaban de Saint-Denis.

La lucha continuaba en el Maine y en la Normandía; en los confines de ambas provincias, Ambrosio de Loré se hacía célebre con hazañas dignas de un Du Guesclin, y el clero regular del Maine tomaba parte secretamente en la lucha nacional. En el Cotentin iban á reunirse en los bosques con los «enemigos del rey;» los «bandidos» de Normandía ayudaban á las partidas de Ambrosio de Loré y á las tropas de Richemont y del

lugar excitó los celos de los soldados de profesión de tal modo que á mediados de 1434 se supo que los hombres de armas ingleses, despechados al ver que los aldeanos normandos tenían autorización para armarse, habían asesinado á mil cuatrocientos de éstos en Vicques. Un subsidio que en el mes de septiembre se exigió á los Estados de Normandía acabó de exasperar á la población: en efecto, Bedford, que necesitaba mucho dinero y no quería pedirselo á los ingleses, que se quejaban de los gravosos impuestos que sobre ellos pesaban, obtuvo de los diputados de los Estados de Normandía el voto de un subsidio de 344.000 libras, el mayor de cuantos hasta entonces se les habían pedido. Entonces los aldeanos se sirvieron contra los ingleses de las armas que éstos les habían dado, y estalló una rebelión que se inició en la Baja Normandía. Doce mil aldeanos mandados por el señor de Merville y un soldado llamado Cantepié fueron á poner sitio á Caén; pero habiendo caído en una emboscada, fueron asesinados los más de ellos. Aquella insurrección había fracasado por falta de recursos suficientes.

No pudiendo los ingleses reducir á los franceses, ni éstos expulsar á aquéllos, parecía que la guerra no había de concluir nunca.

(1) El mejor relato de este suceso es el del *Petit Traictié* anejo á las *Chroniques de Normandie*, edición Hellot, pág. 78; véase también pág. 239. En el mes de enero anterior, Juan Regnier, baile de Auxerre por Felipe el Bueno, encargado de una misión cerca del gobernador inglés de Ruán, fué cogido no lejos de los Andelys por una partida de guerrilleros que lo llevaron á Beauvais y lo vendieron, como prisionero rescatable, á un habitante de la ciudad. Regnier ha relatado sus desgracias en una curiosa colección de poesías que ha sido analizada por M. Petit de Julleville en la «Revue d'Histoire littéraire de la France,» 1895.

II.—La paz de Arrás (1)

Dos circunstancias podían, sin embargo, poner término á la lucha: el aniquilamiento de uno de los partidos ó la reconciliación entre Carlos VII y el duque de Borgoña, y ambas se realizaron. La reconciliación oficial entre armagnacs y borgoñones y los preludios de la guerra de las Dos Rosas fueron las causas primeras del desenlace.

Ya hemos visto que desde los tiempos de Juana de Arco, Felipe *el Bueno* pensaba en abandonar la alianza inglesa: si hemos de creer á Olivier de la Marche, la sangre real de Francia «le hervía en el estómago y en las inmediaciones del corazón,» y tenía «poca afinidad y poco amor á los ingleses.» La muerte de su hermana, Ana de Borgoña, duquesa de Bedford, rompió el lazo de parentesco que le unía al regente (14 de noviembre de 1432); y por último, su interés le ordenaba abandonar á los ingleses, ahora que la fortuna les volvía la espalda. La promesa que se hiciera de vengar á su padre y el juramento que había prestado á los ingleses de observar el tratado de Troyes le detenían todavía, pero ya no guardaba consideración alguna á sus aliados. Los parisienses, que tanto amaban á su querido duque de Borgoña, tuvieron el disgusto de no verle asistir á la consagración de Enrique VI, verificada en 16 de diciembre de 1431. Cuatro meses después comenzó una serie de conferencias para la paz entre los embajadores franceses y borgoñones.

Esto no obstante, la guerra franco-borgoñona no cesó definitivamente hasta 1434, época en que Carlos VII había conseguido la alianza del emperador Segismundo, quien en un discurso dirigido á los padres del concilio de Basilea había declarado que el duque de Borgoña «volaba demasiado alto,» *nimis alte volabat*, y en un manifiesto de 21 de junio de 1434 denunció las usurpaciones de Felipe *el Bueno* en la Baja Alemania, é hizo pública la alianza pactada con el rey de Francia contra la ambiciosa casa de Borgoña. Esta amenaza acabó de convencer á Felipe *el Bueno* de la necesidad de una reconciliación con Carlos VII: todos sus súbditos, así borgoñones como flamencos, querían la paz; la Borgoña, aniquilada ya por las exacciones de Juan *Sin Miedo*, hallábase despoblada y arruinada por las incursiones de los armagnacs (2). Multitud de aldeas estaban desiertas y la carestía del trigo y del vino era tal, que los consejeros de Felipe *el Bueno* consideraban imposible recaudar un subsidio. En el Artois y en la Flandes occidental las súplicas dirigidas al papa nos presentan iglesias

(1) FUENTES.—*Les grands traités de la guerre de Cent Ans*, publicados por E. Cosneau, 1889. Dom Antoine Le Taverner, *Journal de la paix d'Arras*, 1651. Stevenson, *Letters and papers*. Denifle, *La désolation des églises en France*, tomo I, 1897. Dom Plancher, *Histoire de Bourgogne*, tomo IV, *Preuves*, 1781. Además de las crónicas citadas en el párrafo anterior: Olivier de la Marche, edición Beaune y d'Arbaumont, tomo I, 1883; Tomás Basin, libros II y III, tomo I; Fragmento de Gautier van den Vliet, publicado por Funck-Brentano, «*Revue d'histoire diplomatique*,» 1887.

OBRAS DE CONSULTA.—Lecesne, *Le Congrès d'Arras*, «*Mémoires de l'Académie d'Arras*,» segunda serie, tomo VII. Cosneau, *Richemont*, J. L. Bazin, *La Bourgogne de 1404 á 1435*, 1898.

(2) Véanse las cifras exactas citadas por J. Garnier, *La recherche des feux en Bourgogne*, 1876, págs. 5-6.

parroquiales, monasterios y hospitales destruídos y edificios arruinados.

En enero de 1435 celebráronse en Nevers varias conferencias, en las cuales el duque de Borgoña encontró al duque de Borbón, al canciller y al condestable de Francia; los antiguos adversarios poníanse unos á otros tan amable cara, que los concurrentes estaban asombrados. «Estaba loco, se decía, el que durante la guerra se batía y se hacía matar por ellos.» El 14 de abril, el duque y la duquesa de Borgoña atravesaban París, y las aclamaciones con que fueron recibidos demostraron que aquella población sólo era adicta á la causa borgoñona y se le daba muy poco del rey Enrique de Lancáster. Las manifestaciones en favor de la paz acabaron de probar al duque que su popularidad en Francia nada perdería si se reconciliaba con Carlos VII. ¡La paz! Este era el grito universal, el favor que las señoritas y las menestralas parisienses imploraban de la duquesa, el bien que de Felipe *el Bueno* solicitaban la Universidad y el cabildo de Nuestra Señora. Los mismos ingleses, en extremo alarmados, hacían decir al duque de Borgoña que estaban dispuestos á firmar un tratado honroso, esperando todavía que la reconciliación de Felipe y Carlos VII seguiría subordinada al restablecimiento de la paz general.

El restablecimiento de la paz fué, pues, el pretexto del congreso inaugurado en Arrás en 5 de agosto de 1435. Los mediadores habían de ser el legado del papa y el cardenal de Chipre, pues hacía ya cinco años que la Santa Sede trabajaba por aquella paz, prefacio necesario de la cruzada proyectada contra los turcos. El duque de Borgoña había comparecido en Arrás al frente de una brillante escolta de señores que de todos los ámbitos de sus dominios habían acudido. El cardenal Beaufort, obispo de Winchéster, presidía la delegación inglesa. Con los plenipotenciarios del rey Carlos habían llegado los representantes de los príncipes de la sangre, de la Universidad de París y de muchas buenas ciudades francesas. El concilio de Basilea y algunos príncipes extranjeros habían enviado embajadores, pues siendo los reyes de Francia y de Inglaterra reconocidos por la tradición como los soberanos más poderosos de la cristiandad, después del emperador, su reconciliación interesaba á todo el Occidente.

El legado y el cardenal de Chipre interrogaron alternativamente á los embajadores franceses é ingleses á fin de sentar las bases de una inteligencia; los enviados de Carlos VII, de concesión en concesión, acabaron por ofrecer la Normandía y la Guiena inglesa que Enrique VI poseería como feudos; pero el orgullo de los ingleses se mantuvo intransigente, ofreciendo á Carlos VII los territorios ocupados por sus tropas, á condición de que había de renunciar á la corona y reconocerse vasallo de Enrique VI, rey de Francia y de Inglaterra. En 31 de agosto, el legado intimó á los embajadores ingleses que aceptaran los ofrecimientos «grandes, notables y razonables» de Carlos VII, el cual consentía en ceder «la mejor y más sana tercera parte del reino de Francia;» pero habiendo aquéllos rechazado la proposición, el legado declaró que siendo la paz general imposible, trabajaría por una paz particular. Al día siguiente, Felipe *el Bueno* ofreció un magnífico festín á los embajadores ingleses, celebrando después una

conferencia de una hora con el cardenal Beaufort y el arzobispo de York. Los ingleses le exigieron que permaneciera fiel á su juramento, y los espectadores de aquella escena veían desde lejos gesticular á Beaufort,

el crimen de Montereau y denunciar el tratado de Troyes. Richemont, por su parte, había conquistado á los consejeros favoritos del príncipe con argumentos sonantes y de mucho peso, prometiendo, entre otros, al pri-



Armadura de Felipe de Borgoña, existente en el castillo de Ambras.

(Grabado de la obra publicada en 1602 relativa á las colecciones del castillo de Ambras, en el Tirol, junto á Innsbruck.)

bañada en sudor la frente. El día 6 de septiembre, los ingleses, furiosos, se marcharon de Arrás.

Muchos esfuerzos y muchas concesiones se habían necesitado para calmar los escrúpulos, los rencores y las inquietudes de Felipe *el Bueno*. A fin de tranquilizar la conciencia del duque, el legado había pedido unas memorias á los más hábiles casuistas franceses é italianos, los cuales demostraron en sus trabajos que el imperioso deber del hijo de Juan *Sin Miedo* era olvidar

mer chambelán, Antonio de Croy, treinta mil escudos de oro. Por último, los plenipotenciarios franceses aceptaron dócilmente las condiciones de Felipe *el Bueno*, que fueron muy duras y á veces insolentes, dejando pasar, según frase de un contemporáneo, «muchas cosas que hacían poco honor al rey (1).»

(1) Preciso es hacer constar, en descargo suyo, que los ofrecimientos que para lograr la paz había hecho el rey al duque de Borgoña en 16 de agosto de 1429, es decir, en la época de los